

empezado en 1773 se prosiguió. Pero las naciones tienen la vida fuerte; sería preciso matar **todo** lo que tiene el sentimiento de la nacionalidad para poner fin á los movimientos convulsivos de un pueblo á quien se quiere arrancar su alma, dejándole su existencia física. Es decir, que el asesinato de una nación es imposible. Los asesinos ejecutan su obra desde hace casi un siglo; pero por **más** que atormentan á su víctima, ésta continúa **viviendo**, y á cada nueva generación hay que volver á em-

pezar la lucha. ¿Quién triunfará? No hay más que aquellos que no creen en la Providencia que puedan dudar de ello. Las naciones son de Dios, no hay fuerza humana que pueda destruirlas. El reparto de la Polonia es un crimen. Todo crimen exige una expiación, y no conocemos nada más inexpiable que el asesinato de un pueblo. La expiación vendrá; esto es tan cierto como la justicia divina. ¡Paciencia, desgraciada Polonia! ¡Los dioses vengadores vigilan!

CAPÍTULO IV

NAPOLEÓN.—LO QUE LOS HOMBRES QUIEREN Y LO QUE DIOS QUIERE

§ I.—El ideal.

I

Chateaubriand dice que se ha querido hacer de Napoleón un ser perfecto, un tipo de sentimiento, de delicadeza, de moral y de justicia, hasta un escritor y un orador excepcional (1). ¿Cómo ha pasado el emperador al estado de ideal? Á primera vista, es difícil comprender que la Francia, que lo abandonó tratándolo de insensato, que los pueblos extranjeros, que lo odiaban como á su tirano, lo hayan ensalzado después como á un ser extraordinario y casi sobrehumano. Chateaubriand nos dirá por qué los Franceses, que estaban tan cansados del régimen imperial cuando la invasión, se apasionaron del emperador después de su caída. En cierto modo, Napoleón es el verdadero representante de la raza francesa. Hemos dicho en nuestro *Estudio sobre la Revolución* que no ama casi la libertad, que la igualdad es su idolo; de ahí procede que él se inclina instintivamente en favor del

poder fuerte. En efecto, la igualdad y el despotismo tienen vínculos secretos: ¿hay que recordar que la igualdad reinaba en Roma en tiempo de los Césares, y que ha reinado siempre en Constantinopla? Nacido déspota, Napoleón estaba hecho para seducir á una nación inclinada hacia el poder á la vez que enamorada del nivel democrático. Ascendido al trono, hizo sentar en él al pueblo á su lado; rey proletario, humilló á los reyes de antiguo abolengo; niveló las jerarquías elevando á las clases inferiores, medio seguro de lisonjear el orgullo plebeyo. La Francia es tan loca de gloria como de democracia. Se glorifica de la superioridad que Napoleón le dió sobre el resto de la Europa.

Así es que Napoleón permaneció en el corazón de los Franceses, aun cuando, cansados de veinte años de guerra, le abandonaron. Pero esta afinidad del genio de un hombre y del genio de una raza que conducía de victoria en victoria, no explica aún la especie de apoteosis del gran conquistador. Chateaubriand hace notar que lo que contribuyó más á la popularidad de Napoleón fué el

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultratumba*.

martirio de Santa Elena. Se olvidó su tiranía para recordar que, después de haber vencido á los enemigos de la Francia, había hecho de la nación francesa la gran nación, y que después de haber atraído la Europa entera á París, había preferido abdicar á firmar la humillación de la Francia. Esta gloria prodigiosa del hombre de guerra apareció más maravillosa aún cuando el que había ganado tantas batallas fué encadenado como Prometeo á una roca; la innoble venganza de sus carceleros engrandeció á la víctima, al mismo tiempo que el sufrimiento expiaba sus faltas.

Así es que la desgracia de Napoleón fué provechosa para su gloria. No es decir bastante; se hizo una revolución completa en la opinión pública. Cuando la flota inglesa condujo al emperador á su prisión, la maldición de Europa pesaba sobre él; no se veía en el gran guerrero más que al opresor y al tirano. En Santa Elena, Napoleón se transfiguró; la fama le representó como un héroe civilizador, como el órgano armado de los principios de la Revolución. Napoleón preparó esta transfiguración rehaciendo, por decirlo así, la historia. Se le había comprendido mal. No era el enemigo de la libertad, no era el opresor de las nacionalidades. Fué la rivalidad envidiosa de la Inglaterra, fué el odio de la antigua monarquía contra la Revolución lo que perpetuó la lucha; pero este estado violento no era más que transitorio; la paz hubiera venido á consolar á la Europa de los males de una larga guerra, una paz que hubiese consagrado la libertad de los mares á la vez que la del continente; Francia hubiera vuelto á entrar en sus límites naturales, y las naciones emancipadas por Napoleón; arrancadas por él á un yugo embrutecedor, hubieran gozado de los beneficios de la Revolución, sin tener que pasar por sus excesos y sus crímenes.

Las ideas napoleónicas, tales como el prisionero de Santa Elena las formuló, vinieron á ser el principio de una historia legendaria que tiende á glorificar todo lo que el emperador ha hecho. ¿Cómo la Francia, cómo la Europa aceptaron una leyenda que tan poco correspondía á la realidad? La caída del imperio fué seguida de una inmensa decepción. Se había llamado á los pueblos á la libertad, y los pretendidos libertadores abusaron de la victoria para encadenarlos. La Europa no hizo más que cambiar de despotismo; ¡y qué cambió! En vez de un hombre de genio, tuvo por dueños á

medianías que hicieron echar de menos al gran emperador y realzaron su gloria. La Francia tenía razones particulares de echar de menos á su héroe; los reyes que se le devolvieron habían venido detrás de la coalición, como formando parte del bagaje del enemigo; la vergüenza del momento hizo olvidar los males que se habían sufrido. Los hombres se hallan siempre dispuestos á elogiar el pasado á expensas del presente. ¡Qué glorificación para el emperador cuando el presente se llamó Luis XVIII ó Carlos X, mientras que el pasado se llamaba Napoleón!

La poesía se apoderó de esos sentimientos y acabó de transfigurar al emperador. Si es permitido comparar las cosas relativamente pequeñas á las grandes, la poesía realizó la apoteosis de Napoleón, como la leyenda preparó la de Jesucristo. Mientras el Cristo vivió, sus discípulos no vieron en él más que el Mesías; la cruz empezó la revolución que terminó por divinizarlo. Napoleón tuvo el presentimiento de un destino análogo. Cuando, en Santa Elena, veía á sus compañeros ceder y desanimarse, les decía que era preciso sufrir para entrar en su gloria, "y que, si Jesucristo no hubiese sido clavado en la cruz, no hubiera sido Dios," (1). La poesía se inspiró en los sentimientos, podría decirse de las creencias del pueblo, porque, entre los viejos soldados, el recuerdo del gran capitán vino á ser un verdadero culto. No fueron tan sólo las clases inferiores las que tomaron parte en esta glorificación; por un singular concurso de circunstancias, la clase media y la clase ilustrada la apoyaron. Amaron á Napoleón porque aborrecían á los Borbones. El nombre de Napoleón vino á ser un símbolo para todos aquellos que luchaban contra la monarquía restaurada, y éstos eran casi toda la nación. Entonces vinieron los poetas órganos del pueblo, Beranger el primero y á su lado un poeta aristocrático, Victor Hugo. Rivalizaron en talento para cantar la gloria de su héroe, que de subteniente llegó á emperador, el dueño de Europa que distribuía los bastones de mariscal y las coronas á los hombres del pueblo como él. En vano tratará el historiador de reducir esa gran figura á sus verdaderas proporciones; el ideal poético ha entrado en la conciencia general y permanecerá en

(1) *Récits de la captivité de l'Empereur Napoléon, par le général de Montholon, t. II.*

ella. En el seno de la civilización moderna se ha reproducido la transformación de los héroes antiguos. Se convertían en semidioses, porque la tradición acumulaba en su cabeza todo lo que edades enteras habían hecho de grande y de bello. Napoleón es un héroe de la fábula. Se cree en él, ya no se le juzga. Es la apoteosis por medio de la poesía, se dice; debe añadirse que la poesía se inspiró de los sentimientos y de las esperanzas del pueblo.

II

Todo héroe, todo semidiós representa una idea. ¿Cuál es la idea que domina en la leyenda napoleónica? *Con Napoleón, la Revolución se ha hecho hombre.* De Pradt trae esa frase, diciendo que es la expresión más exacta de la verdad (1). No sabemos quién ha sido el primero que ha pronunciado esa célebre frase; es cierto que el pensamiento es el de la nación. Nada de más natural, de más fatal en cierto modo. ¿Qué es lo que veía la inmensa mayoría de los Franceses en la Revolución? El advenimiento de la democracia, es decir, del principio de igualdad. En este sentido, Napoleón era la encarnación del genio revolucionario; subteniente en 1789 y emperador en 1804, era la imagen viva del espíritu nuevo. Se le celebró, se le cantó como tal en una época de reacción contra los principios del 89. Su gloria militar se confundió con las aspiraciones democráticas de la Francia. La Revolución es el acontecimiento más considerable de la historia, como el cristianismo. Aquel que dió su nombre á la religión cristiana fué adorado por la humanidad agradecida como un Dios. ¿Debe extrañar la aureola que rodea á la figura del emperador, representante y heredero de una revolución gigantesca en su principio é infinita en sus consecuencias?

Eso explica por qué la escuela democrática continuó la obra de la poesía. No le agrada mucho la leyenda, y la apoteosis no es tampoco de su gusto: su tendencia es más bien la de rebajar los grandes hombres en provecho de las masas. Pero ¿no era Napoleón el pueblo encarnado? Escuchemos á Proudhon: "Se ha dicho hasta la saciedad, se ha dicho demasiado en un pueblo batallador: *el imperio fué la espada de la Revolución*, adelantándose

(1) DE PRADT, *Embajada en Polonia*, p. VI.

por toda la Europa al trabajo de la pluma. En eso estuvo su originalidad, esa será su significación ante la historia," (1).

Hay una aparente contradicción en esta concepción del emperador. ¿No era el enemigo jurado del jacobinismo? ¿Cómo, pues, había de ser su órgano y su soldado? Un escritor que le gusta la poesía de las leyendas, porque tiene en sí mismo algo de vago y de poético, como las poesías populares, Mr. Edgar Quinet, da un nuevo paso en la epopeya napoleónica. Quinet dice muy bien que la Revolución no es un accidente de la historia de Francia, no es un acontecimiento galo, es un hecho universal. Los principios del 89 están llamados á dar la vuelta á la Europa y al mundo. ¿Cómo cumplirán esta gran misión? "Para arrastrar al universo no basta hablar desde lo alto de una tribuna, el eco de las palabras se debilita con la distancia; era preciso presentar el monstruo á la Europa de más cerca. De ahí la necesidad de franquear la frontera, de ir á excitar, á despertar en sus hogares á los que continuaban dormidos: la tierra debía ser conmovida como la Francia... Se necesitaba la guerra para llevar la Revolución á todos los rincones de la Europa. Desde entonces, Napoleón, el gran capitán, es también el hombre predestinado. Es la espada de la Revolución, es también el instrumento de Dios: "Detrás de Napoleón se divisa á la Providencia; hé ahí por qué su nombre hace palpitar el corazón á todos los pueblos. Se reconoce que el más poderoso de los hombres ha sido siempre arrastrado por algo más poderoso que él, que nunca ha estado en sus manos la paz, que un Dios le empujaba sin cesar... Si el general de Italia se hubiese detenido en Marengo, hubiese representado en el porvenir la democracia francesa; pero á los ojos de los extranjeros, el que fué al Cairo, á Viena, á Madrid, á Berlin, á Varsovia, á Moscow, es el representante de la democracia universal... Cuando cada raza, cuando cada pueblo ha recibido su levadura de porvenir, la señal de la retirada se da desde lo alto; el mundo no tiene ya necesidad del desbordamiento de la Francia. Napoleón cae... ¿Qué viene á ser, en esa concepción, de la grandeza personal del emperador? Se eclipsa y desaparece: "Cuanto más absoluto es, es menos libre;

(1) PROUDHON, *de la Justicia en la Revolución y en la Iglesia*, nueva edición, parte primera, p. 9 y siguientes.

emperador omnipotente, su acción va casi siempre más allá de su proyecto. *Napoleón es el instrumento casi pasivo de un plan que viene de lo alto*, (1).

Edgar Quinet conserva la idea de libertad, á lo menos en teoría. Otro órgano de la democracia, abundando en el mismo orden de ideas y exagerándolo, destruye la libertad en Napoleón, como en todos los grandes hombres: "Los grandes hombres, dice Luis Blanc, no son más que los *servidores ciegos* de una *fuerza invisible* que les confía, dejándose los ignorar á ellos mismos, la realización de los más vastos designios.", El historiador francés admite que el vulgo de los hombres obra según el impulso de su libertad; pero no es lo mismo de aquellos que dejan en el mundo grandes huellas: "Como no pueden dar un paso sin empujar á algún pueblo adelante, y que de su existencia depende la de un gran número de hombres, es difícil creer que salga de sí mismos el impulso que imprimen á su alrededor. Este impulso viene de arriba."

¿Qué es Napoleón en esta doctrina histórica? "Era hombre de guerra, no era más que eso. Todas las cualidades, todos los defectos necesarios de los conquistadores los reunía en él.", Nacido para hacer la guerra, la hizo, porque la guerra estaba en los destinos, en la fatalidad histórica. "La Revolución, hija de la filosofía del siglo XVIII, aboliendo la esclavitud, había levantado al pueblo de su envilecimiento; pero era necesario que la guerra, ensalzando el valor, abriendo una carrera indefinida á todas las ambiciones, viniese á levantar al pueblo de su envilecimiento moral.", Napoleón fué, sin saberlo, el agente más activo de los principios del 89: "La Revolución había dado al pueblo el sentimiento de su fuerza; la conquista le dió la conciencia de su genio. Con la Revolución, el pueblo supo que todo poder emanaba de él; con la conquista, supo que tenía en sí la aristocracia del talento... La Convención, haciendo temblar á la Europa, había dado un testimonio solemne y formidable de la democracia. Napoleón lo completó *involuntariamente* poniendo una corona en la cabeza de un palafrenero."

Napoleón tuvo también otra misión como conquistador. Aquí debemos darnos el espectáculo de un grande hombre en lucha con la fatalidad. Napo-

león hizo cerner su águila sobre los campanarios de todas las capitales del continente. Pero ¿qué quedó de tantas batallas? Nada de todo lo que el gran capitán había querido establecer. Destruyó el imperio germánico, y se proclamó el protector de una nueva confederación de príncipes alemanes. En 1814, esta confederación fué reemplazada por una dieta cuya presidencia tuvo el Austria. Napoleón, vencedor en Jena, destruyó la monarquía prusiana. Los tratados de Viena la reconstituyeron é hicieron de ella una potencia de primer orden. El emperador humilló al Austria en el momento mismo en que le daba una archiduquesa. En 1814, el emperador de Austria obtuvo la dominación de la Italia, de donde le habían echado las maravillosas victorias de Bonaparte. ¿Para qué insistir? La caída fué prodigiosa como la grandeza, y arrastró consigo todo lo que el emperador había edificado. ¿Qué queda de su glorioso reinado? Precisamente lo que no quería hacer ó lo que hubiera querido impedir. Lo que pasó en España es la imagen de lo que pasó en todo el continente. Indignada España de la alevosía de Bayona, se levantó toda entera; las provincias, desunidas hacia muchos siglos, se unieron para no formar más que una nación. Y no tan sólo encontró España la unidad en la injusta agresión del emperador, sino que también le debió el despertamiento á la libertad. Desde hacía muchos siglos, las Cortes no eran más que una palabra; en 1812 decretaron la constitución más democrática de la Europa.

¿Cuál fué, pues, en definitiva la misión de Napoleón? "Preparar la Europa á la unidad democrática por medio de la guerra y por la difusión del genio francés.", Todo cooperó á esta obra, hasta la caída del emperador y las desgracias de la Francia. "Napoleón hizo su papel, por lo pronto, esparciendo la Francia en Europa por medio de sus conquistas, y, principalmente, trayendo la Europa á Francia por medio de su derrota. Entregada la Francia á los extranjeros que pisoteaban su suelo, los conquistó moral y definitivamente. De tal modo, que nuestra obra cosmopolita se consumó por medio de nuestros reveses, después de haber empezado por medio de nuestros triunfos", (1).

Exponemos las ideas de la escuela democrática-

(1) LOUIS BLANC, *le Nouveau Monde*, periódico histórico y político, núm. 2, 15 Agosto 1849.

(1) QUINET, *el Cristianismo y la Revolución*, lección 14.

ca, sin participar de ellas. Indudablemente los grandes hombres tienen una misión providencial; ¿quiere eso decir que no sean más que los instrumentos pasivos de los designios de Dios? ¿Quiere eso decir que no tengan libertad? ¡La libertad, ese don divino, sería, pues, la hijuela del común de los hombres, y los elegidos de Dios estarían privados de ella! No, todo hombre es libre y todo hombre tiene una misión divina que llenar. Solamente que el gobierno de la Providencia se manifiesta con más brillantez en las revoluciones que cambian la faz del mundo. Es cierto también que los hombres no siempre quieren lo que Dios quiere; pero guardémonos de creer que tal sea el curso eterno de las cosas. Sucede con la libertad como con todas nuestras facultades, se desenvuelve con los progresos de la humanidad. Cuanto más remontamos el curso de los siglos, menos libertad encontramos; hé ahí por qué los antiguos atribuían todo á la fatalidad y sometían los dioses mismos á un ciego destino. Pero precisamente el ideal es el emanciparnos de la influencia fatal de las circunstancias y el dominarlas por medio de nuestra libre actividad. No es que el hombre deba pensar en ponerse en lugar de Dios, sino que debe tratar de querer lo que Dios quiere. Si tal es el destino de todos los seres pensadores, con mayor razón los grandes hombres deben escudriñar las vías de la Providencia, para conducir por ellas al género humano detrás de sí. No debe, pues, decirse que los grandes hombres son menos libres que el común de los mortales; su grandeza, si eso fuera cierto, no sería más que una vana apariencia; lo que constituye, por el contrario, la prueba de los elegidos de Dios, es que hacen lo que Dios quiere.

Si insistimos en la libertad de los grandes hombres, es que sin libertad no hay responsabilidad; y si se despoja á los elegidos de Dios de toda responsabilidad, ¿qué moralidad queda en la historia? Sería preciso aprobar todo lo que hacen esos personajes predestinados, porque no son ellos los que obran, es Dios el que obra por medio de sus instrumentos. Por tanto, no podríamos acusar al general Bonaparte de haber hecho el golpe de Estado del 18 brumario; el más grande de los crímenes se convierte en un acto laudable, ó á lo menos en un medio legítimo para dar el poder á un elegido de Dios. No podríamos tampoco acusar á Napoleón de haber sacrificado la libertad é independencia de

los pueblos á su ambición desenfrada; el atentado de Bayona, la locura de Moscú serían hechos providenciales. ¡Doctrina funesta que degrada al hombre y rebaja á la Providencia! ¿Qué es el hombre reducido al estado de máquina? ¿Y qué es un Dios que da golpes de Estado, un Dios que emplea el fraude y la violencia para ejecutar sus designios? Es el trastorno de toda ley moral. Mantengamos el principio de la libertad para los grandes hombres, así como para el vulgo de los humanos; no es más que con esta condición como se les puede admirar, vituperándolos. Mantengamos también la idea del gobierno providencial; pero que no conduzca á la fatalidad, que induzca á los hombres grandes y pequeños á penetrarse de la voluntad divina para conformar con ella sus acciones. Entonces la historia tendrá su moralidad, será lo que debe ser, la conciencia humana distribuyendo la justicia para el pasado é ilustrando al género humano sobre el porvenir.

III

Importa recordar esas eternas verdades cuando se trata de apreciar á Napoleón. Hay en los espíritus una tendencia al fatalismo á la vez que á la idolatría. Se empieza por declarar que los grandes acontecimientos, tales como la Revolución, se desarrollan con una necesidad providencial; después se celebran los personajes que han desempeñado en ella un papel como los instrumentos de Dios, y se concluye por convidar al género humano á adorar á esos elegidos, á doblegarse por lo menos á su voluntad, como si fueran los órganos de la Providencia. No es tan sola la escuela democrática la que se deja arrastrar por esas preocupaciones, las encontramos en los campos más opuestos. La Europa monárquica tomó la iniciativa de esa apreciación histórica. Se había ligado contra la Revolución; cuando llegó un soldado que concentró en sus manos el poder revolucionario, vió en él la encarnación de esos principios subversivos; continuó la guerra á muerte contra Napoleón, *el hombre de la Revolución* (1). Cuando los odios se calmaron, los sentimientos respecto á la Revolución y al

(1) Así es como es calificado Napoleón en la circular escrita de Troppau, el 8 de Diciembre de 1820, por los ministros de las potencias aliadas (*Castlereagh papers*, serie 3.ª, t. IV, p. 831).